

Lozano Cabezuelo, José María, *Francisco de Quevedo desde la Torre de Juan Abad*, Torre de Juan Abad, Francisco de Quevedo-Ayuntamiento de Torre de Juan Abad, 2007, 108 pp.

Este libro narra la historia más íntima y hogareña de Quevedo desde la Torre de Juan Abad, un relato no siempre contado por los manuales de la literatura, más interesados en el análisis de las obras y en su bibliografía que en las historias más personales de los autores. Este breve y ameno libro está escrito por don José María Lozano Cabezuelo, nacido en Torre de Juan Abad en 1953 y de profesión técnico de Relaciones Laborales, como indica la solapa del libro.

Sin embargo, a pesar de que el autor no procede del mundo de la filología o de la historia, traza de forma bastante precisa la interesante relación entre Quevedo y la Torre desde el año 1598, fecha en que la madre de Quevedo, María Santibáñez entrega la cantidad de dinero necesaria para que los vecinos puedan hacer frente a la reunificación de una serie de préstamos pedidos para eximirse de la jurisdicción del Gobernador de Villanueva de los Infantes, acción por la que tenían que pagar una cantidad muy elevada a la Hacienda Real.

La tesis que plantea el autor de estas páginas es la de que Quevedo, a pesar de los numerosos pleitos que sostuvo con sus vecinos, consideró a la Torre como su verdadero hogar, el lugar donde acudía gustoso a relajarse de las inquietudes que le producía la Corte madrileña y donde podía concentrarse en el escritura de sus obras. En la mayoría de las ocasiones se nos ha descrito la Torre como la cárcel a la que las autoridades enviaron a un don Francisco, apesadumbrado y descontento por abandonar el mundo de intrigas que le ofrecía Madrid. Sin embargo, Lozano Cabezuelo mantiene que «si nos atenemos a sus palabras, aquellos forzados destierros fueron aprovechados por el escritor como unos agradables y provechosos retiros: “Este cimiterio verde, este monumento bruto me señalaron por cárcel; yo lo tomé por estudio”, y en otro párrafo, jugando con las palabras: “Los jueces me han condenado a destierro de la Corte; yo a ellos a permanencia en la Corte y en la corteidad”» (60). Se espigan más ejemplos como los de la carta escrita en Madrid el 10 de marzo de 1637 en la que el autor suspira: «Yo deseo con toda el alma salir de aquí y irme a ese rincón» (83). O, por ejemplo, la carta que escribe también desde la Corte el 25 de septiembre de 1643 en la que, de nuevo, desea retirarse a su aldea: «Deseo desenredarme de

desta incomodidad alegre que llaman Corte, para respirar los aires de esa tierra» (96).

Si nos atenemos a las estancias quevedinas en la Torre y las fechas de redacción de sus obras, como hace con bastante precisión Lozano, nos daremos cuenta de la importancia de este lugar de retiro para el desarrollo de la obra de don Francisco. Quevedo aprovechó sus estancias en este lugar para componer muchos poemas (algunos inspirados en parajes cercanos a su casa) y obras tan importantes como *Política de Dios*, la *Carta del rey don Fernando el Católico*, los *Grandes anales de quince días*, el *Sueño de la muerte*, *La Hora de todos*, parte de la *Virtud militante* y la *Segunda parte de la vida de Marco Bruto*.

Lozano muestra la imagen del Quevedo más hogareño, del que cultiva un huertecillo y pide que le envíen plantas y frutales para poder plantarlos, el que agradece a su amigo Sandoval el aceite que le envía (76) y devuelve el favor mandando unas salchichas y cecina de liebre que él mismo ha inventado (77), el que narra las tormentas, inundaciones y nieblas que asolan el campo en 1636, el que agradece el envío de unas peras y granadas con el obsequio de garbanzos, el que sale a cazar por los parajes cercanos o el Quevedo de la enfermedad y el deterioro irreversible después de su prisión en San Marcos de León.

A la bibliografía quevediana (la biografía de Pablo de Tarsia y la moderna de Jauralde, el epistolario de don Luis Astrana Marín, la edición de la poesía de don José Manuel Blecua, los *Avisos* de Pellicer), Lozano ha sabido añadir los documentos que se encuentra en el Archivo histórico municipal de Torre de Juan Abad. Así puede reproducir dos firmas de Quevedo del año 1644, víspera de su muerte. La primera, realizada en un documento del 22 de noviembre, «estremece por la fidelidad con que sus rasgos acusan la decrepitud del prematuro anciano en que le había convertido la prisión; es temblorosa, vacilante» (100). La segunda, que aparece estampada en un documento del 6 de diciembre de 1644, y que se considera la última firma de Quevedo en el Archivo municipal, mejora notablemente los trazos, aunque el documento revela que le era ya muy dificultoso leer y escribir. De menos importancia es la ausencia de algún artículo de González Palencia y Tovar, dedicados a la relación de Quevedo con la Torre y Villanueva de los Infantes.

El texto está acompañado de unas fotografías de lugares pintorescos de la Torre y parajes de los alrededores que ilustran al lector con unos paisajes parecidos a los que vería el propio don Francisco y que considero un acierto.

Se trata, en definitiva, de un libro interesante, de ágil y amena lectura, que muestra una faceta de Quevedo que no ha despertado mucha atención en la crítica y que nos enseña la importancia que este lugar del Campo de Montiel tuvo en la vida de don Francisco.

J. Enrique DUARTE
(Universidad de Navarra-GRISO)

Pedraza Jiménez, Felipe B., y Elena Marcello (ed.), *Sobre Quevedo y su época. Actas de las Jornadas (1997-2004). Homenaje a Jesús Sepúlveda*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007, 600 pp.

Este libro son actas selectas de las interesantes *Jornadas sobre Quevedo y su época* que desde el año 1997 hasta el 2004 se organizaron en Villanueva de los Infantes bajo la dirección del profesor Felipe Pedraza. El libro está dedicado a Jesús Sepúlveda, querido profesor de la Università degli Studi de Milán cuya muerte conmocionó al mundo de la filología y de los estudiosos de la literatura del Siglo Oro (basta mencionar el homenaje que le dedicó también la Universidad de Navarra con el libro *La dramaturgia de Calderón: técnicas y estructuras: (homenaje a Jesús Sepúlveda)*, ed. I. Arellano y E. Cancelliere, Pamplona-Madrid-Frankfurt, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2006).

Por consiguiente, en este libro no nos vamos a encontrar todas las ponencias que tuvieron lugar en estas jornadas, sino una selección de aquellas que los editores han considerado más interesantes. Hay que advertir además que algunos de los artículos que se publican en este libro han aparecido editados ya en otros foros con distintas variantes mezclándolos con otros totalmente inéditos. Por ejemplo, los dos artículos del profesor Victoriano Roncero, titulados «Quevedo y el humanismo europeo» y «Quevedo y la ideología política barroca», remiten a su excelente libro *El humanismo de Quevedo: filología e historia* (Pamplona, Eunsa, 2000). Fueron también publicados en esta revista *La Perinola* los artículos de Lía Schwartz, «Entre Propercio y Persio: Quevedo, poeta erudito» y José María Pozuelo Yvancos, «La construcción retórica del soneto quevediano». También han sido publicado en otros lugares con distintas variaciones los artículos de Aurelio Valladares Reguero, «La sátira quevedesca contra Luis Pacheco de Narváez», publicado en *Epos*; José María Micó, «Petrarca y el cancionero de Quevedo»; Felipe Pedraza, «Las tres musas últimas castellanas», publicado como prólogo de la edición facsímil de este libro impresa por la Universidad de Castilla-La Mancha y la editorial Edaf; Santiago Fernández Mosquera, «Notas a tres sonetos morales»; Jean-Pierre Étienvre, «En los umbrales de los Sueños: entre la provocación y el juego»; Celsa Carmen García Valdés, «El teatro de Quevedo»; Pedro Álvarez de Miranda, «Quevedo en la lexicografía española», publicado en *Edad de Oro* y Enrique Baena, «La *imago mundi* quevedesca en la poesía contemporánea».

El prólogo que escriben los editores de este libro ya nos advierten de este hecho: «Al proyectar y desarrollar las *Jornadas sobre Quevedo y su época* decidimos no publicar las actas. Los encuentros infanteños se concibieron como un taller, una fragua de ideas, una oportunidad para reconsideraciones y nuevos planteamientos, más que como escenario para la presentación de resultados definitivos. [...] Muchas de las aportaciones a las *Jornadas* aparecieron en prestigiosas revistas y publicaciones,

bien en el estado que se expusieron en Infantes, bien transformadas y reconvertidas. [...] El conjunto constituye, en mi concepto, una muestra significativa y luminosa, un auténtico florilegio» (15-16). Y estoy de acuerdo que este libro constituye un manual quevediano muy interesante que reúne en un solo lugar las principales aportaciones de los mejores estudiosos del momento que se encontraban desperdigadas en diferentes publicaciones. Una rápida ojeada al índice nos da idea de la calidad académica desarrollada en estas *Jornadas*.

El libro comienza con unos preliminares en los que el profesor Pedraza bosqueja la historia de estas *Jornadas* plasmando los programas que tuvieron cada año y agradeciendo a las personas e instituciones que colaboraron en el éxito de esta empresa. El siguiente capítulo está dedicado al homenajeado, Jesús Sepúlveda, con una «Breve biografía» y una «Bibliografía» de sus trabajos, y por último la publicación de su intervención el 5 de agosto de 2002 con el título «Símbolos del erotismo en la poesía burlesca de Quevedo» (47-67), donde denuncia con claridad que en la literatura de don Francisco se ha producido una identificación muy intensa entre su vida y su obra, dominando entre la crítica el cliché de autor escatológico y donde se han mantenido dos posturas: o bien se silencia una parte consistente de su producción, o bien se analiza en exclusiva las obsesiones más extremas: las anales y excrementicias (49) imperando la idea de que se trata de un escritor tosco. Sepúlveda analiza con perspicacia el concepto de obscenidad advirtiendo que es un término que ha cambiado a lo largo de los siglos y señalando, en palabras de Arellano, que la voz poética se enmarca dentro de un determinado género poético que determina tanto la voz lírica (el yo) como el tono de la composición y su sentido (49-50) a la que se une la dificultad a la que tiende este tipo de poesía.

A partir de este artículo, el libro se divide en cuatro partes: «Quevedo, su época y sus contemporáneos», «Músicos callados contrapuntos», «Monstruos del sueño, la escena y la realidad» y, por último, «La huellas del tiempo». En el primer apartado se encuentran dos artículos de Victoriano Roncero titulados «Quevedo y el humanismo europeo» (71-87) y «Quevedo y la ideología política barroca» (89-105) en los que define a Quevedo como un humanista europeo cristiano, deteniéndose en interesantes aspectos, como el de la política, una de las pasiones quevedianas, que Roncero analiza detenidamente y para el que defiende el análisis de su corpus para localizar sus ideas: la función de la monarquía, el papel del valido, la defensa de la fe y el poder militar, la justicia y el análisis detallado de los Austrias son algunos de los elementos analizados en este artículo. Alessandro Martinengo, en «Quevedo en Italia: ¿nigromante o oculto consejero de príncipes?» (107-124), analiza con detenimiento la labor de Quevedo en Sicilia y Nápoles bajo las órdenes del duque de Osuna. Examina con cuidado las acusaciones hechas por sus enemigos políticos, venecianos y sus aliados, quienes en diferentes publicaciones llaman a don Francisco nigromante, y estudia la Conjura-

ción de Venecia de 1618 desde el prisma de la política de don Pedro Téllez Girón, descartando una participación directa de Quevedo como sugiere Tarsia. Abraham Madroñal estudia la relación de Bartolomé Jiménez Patón con Quevedo en «Los castellanos de la edad heroica en Quevedo. (Entre la “Epístola censoria” y el *Discurso de los tufos* de Jiménez Patón)» (125-149), ya que la «Epístola» se publica por primera vez en el *Discurso* de Patón y defiende que en una carta de Quevedo, hoy perdida, este le habría mandado a su amigo unos poemas y algún texto más que le podían ayudar en su tarea. En el artículo de Juan Matas Caballero, «Quevedo y Jáuregui frente a frente» (151-183), se arroja luz en los motivos de la enemistad entre estas dos personalidades y otro tanto realiza Aurelio Valladares Reguero en «La sátira quevedesca contra Luis Pacheco de Narváez» (185-214), tema del que es gran especialista.

El segundo bloque del libro, titulado «Músicos callados contrapuntos», está dedicado al análisis de la poesía de Quevedo en todas sus vertientes. Comienza con el artículo de Lía Schwartz, «Entre Propercio y Persio: Quevedo poeta erudito» (217-246), en el que explica algunas fuentes de una poesía que innova, pero que también recibe mucho de la tradición clásica en la que se inserta. La relación de Petrarca y Quevedo, sobre todo en el cancionero *Canta sola a Lisi y la amorosa pasión de su amante*, está analizada por José María Micó en «Petrarca y el cancionero de Quevedo» (247-260), donde se defiende que esta obra mantiene una estructura reconocible de cancionero petrarquista con un soneto inicial, tres poemas aniversario y un soneto *in morte* que da paso a los epitafios y lamentaciones funerales (255), que el autor acompaña con un análisis detallado de los poemas. Pedro Ruiz Pérez en «Quevedo: la edición y la morada del Parnaso» (261-287) estudia esta publicación de 1648 como culminación última de su labor creadora, monumento para la posteridad, y analiza la división en Musas, explicando la problemática intervención de González de Salas como una colaboración con el propio autor que aporta sus conocimientos a la creación del poeta. En cuanto a los problemas de edición de la poesía quevediana, Felipe Pedraza se encarga de analizar *Las tres últimas musas castellanas*, (289-323), edición tan discutida por la crítica, advirtiendo que no se puede desdeñar, a pesar de sus defectos, ya que en muchos casos constituye el único testimonio que conservamos de algunos poemas y en otros representa lo que presumiblemente es la última voluntad de don Francisco (304) y añade en un apéndice una relación de los poemas apócrifos. José María Pozuelo Yvancos muestra en «La construcción retórica del soneto quevediano» (325-342) las conclusiones de un estudio realizado en 44 sonetos que comienzan con la conjunción condicional «si», ejemplificándolos con tres sonetos característicos de esta estructura compositiva retórica. Rosa Romojaró se ocupa de las funciones que el mito clásico puede tener en la poesía de Quevedo en «Funciones del mito clásico en Quevedo. Antología de ejemplos poéticos» (343-384). Gaetano Chiappini comenta el soneto número 175 en «A propósito del soneto de

Quevedo: “A una iglesia muy pobre y obscura, con una lámpara de barro”» (385-391) en el que desgrana las ideas de pobreza y humildad tan agradables a Dios que se contemplan en esa iglesia. Santiago Fernández Mosquera analiza en «Notas a tres sonetos morales de Quevedo» (393-408) los poemas número 59, 101 y 129 de la edición de Blecau que se caracterizan por su vinculación a hechos coetáneos de sus lectores y no están inspirados por una fuente literaria. Y por último, Rosa Navarro Durán se detiene con su habitual perspicacia en la poesía amorosa de Quevedo: «Notas a unos poemas amorosos de Quevedo» (409-420).

En el tercer apartado del libro, «Monstruos del sueño, la escena y la realidad», encontramos magníficos artículos como el de Inmaculada Medina Barco (423-443) que describe la presencia de lo monstruoso en la obra de Quevedo que va desde deformidad humana (sexual, por exceso o defecto de miembros, por tallaje desproporcionado) hasta lo monstruoso procedente de la tradición: harpías y sirenas. Los «paratextos» (preliminares, dedicatorias, etc.) de *Juguete de la niñez* son analizados por Jean-Pierre Étienve, «En los umbrales de los Sueños: entre la provocación y el juego» (445-455), quien llega a la conclusión de que se trata de un tipo de discurso cuya eficacia se basa en lo insólito y lo provocativo. La desmitificación del mundo real en los *Sueños* y en los entremeses está estudiado en el «Mitos sociales del Barroco y su envés en los *Sueños* y entremeses de Quevedo» (457-473) de Jesús G. Maestro, donde explica que estas piezas comienzan con la denuncia de lo socialmente nocivo y terminan en una desmitificación de todos los órdenes de la vida, incluyendo la religión, la política y la monarquía. Celsa Carmen García Valdés en «El teatro de Quevedo» (475-498) analiza las ideas dramáticas de Quevedo expuestas en *El Buscón*, estudia la comedia *Cómo ha de ser el privado* y termina con una investigación detallada de sus entremeses. Este apartado finaliza con el artículo de Rosa Navarro Durán, «El *Buscón* en la picaresca: nuevos datos para la fecha de su escritura» (499-517) que aporta un interesante estudio de uno de los temas más resbaladizos de la crítica quevediana: la datación de *El Buscón*. Estudia las relaciones de ciertos pasajes quevedianos con otras obras literarias que don Francisco indudablemente leyó, termina con el análisis de la presencia de pasajes muy parecidos de *El Buscón* en el *Coloquio de los perros* de Cervantes, y llega a la conclusión de que el límite de la novela quevediana está necesariamente entre los años 1608 y 1612 (515).

El último apartado del libro lleva por título «Las huellas del tiempo» y comienza con el artículo de Pedro Álvarez de Miranda, «Quevedo en la lexicografía española» (521-548), en el que analiza la presencia y la huella quevediana en los diccionarios españoles y en particular en los de la Academia. Comienza con los ataques de Quevedo a los etimólogos en el *Cuento de cuentos*, continúa con el *Tesoro* de Juan Francisco Ayala Manrique, donde el autor más citado es con mucho el Quevedo poeta; con el *Diccionario de Autoridades* y otros dos repertorios del léxico quevediano: el realizado por Carlos Fernández Gómez entre 1953 y 1956

que lleva el título de *Vocabulario de las obras completas de don Francisco de Quevedo Villegas* y que quedó inédito, y el realizado por Santiago Fernández Mosquera y Antonio Azaustre Galiana con el título de *Índices de la poesía de Quevedo*. Acaba el volumen con tres artículos que analizan la influencia de Quevedo en otros autores modernos. En primer lugar se estudia la influencia en Azorín en el artículo de Adolfo Sotelo Vázquez, «Azorín, lector y crítico de Quevedo» (549-567). Gregorio Torres Nebrera analiza la obra de Guillén en «Quevedo desde la mirada de Jorge Guillén» (569-582) y en «La *imago mundi* quevedesca en la poesía contemporánea» (583-598), Enrique Baena estudia la presencia de Quevedo en Vicente Gaos, Gabriel Celaya, Rafael Morales, Ramón de Garciasol, Blas de Otero, José Hierro o José Ángel Valente.

En conclusión, cabe destacar la utilidad de este manual quevediano que recoge las investigaciones más novedosas que se han producido en la crítica quevediana en este último decenio, organizadas en útiles capítulos que abarcan toda la producción quevediana: desde la poesía (sátirico-burlesca, amorosa, moral) hasta la prosa pasando por la producción dramática y acabando en la influencia de este clásico en los poetas contemporáneos.

J. Enrique DUARTE
(Universidad de Navarra-GRISO)

